

Nació una Montaña

Por Ovidio Surianu

Traducción directa del rumano por el Profesor Hugo Segovia

Presentación

Ovidio Surianu es un nombre que figura en los registros de su patria al lado de Liviu Rebreanu, Ion Luca Caragiale e Ion Slavici. Un común denominador los reúne, a pesar del tiempo que los separa: el ser rumanos. Y otro: el ser escritores. Aunque no importa señalar cuánto es el uno y cuánto es el otro. Esta vez sólo importa señalar al médico egresado de la Universidad de Bucarest, nacido en Surdesti, al norte de Transilvania, un día del año 1918.

Rebreanu, Caragiale o Slavici solo han sido el pretexto, dado que la suerte de unos y otros ha sido diversa. Tampoco importa saber por qué.

Ovidio Surianu alterna la medicina con la pluma, en Timisoara, pequeña ciudad situada sobre las fértiles llanuras que rodean el Danubio, el Tisza y el Mures y que, tras muchas vicisitudes históricas hoy nace parte de la romancesca Rumania, a orillas del Bega.

Colaborador asiduo del "Diario de las Ciencias" (Ziarul Stiintelor) ha escrito, además, varias obras, entre las cuales señalamos "La Llave de los Tesoros" (Cheia Comorilor) la cual está en proceso de traducción al cuidado del profesor Hugo Segovia y que, publicada en 1965, por la "Editorial de la Juventud" (Editura Tineretului) de Bucarest, enfrenta con maestría singular los temas de ciencia-ficción de tanta vigencia en el mundo actual. Los veintidos mil ejemplares agotados en pocos meses, dicen bien del éxito de este escritor quien, además de los aplausos que el lector le prodigó, recibió, asimismo, los más cálidos elogios de la crítica.

Hace un par de años la colección de "Narraciones Científico-Fantásticas" (Colectia de Povestiri Stiintifico-Fantastice) que aparece periódicamente en la capital rumana, acogió en sus páginas (Nos. 259-260) la historia de un asteroide que, guiado por manos, mejor aún, por un cerebro experto, llegó hasta la tierra... "Nació una montaña" es su título. Ovidio Surianu su autor. Y muy pronto, esa narración al lado de otras, verá la luz en la misma editorial que antes publicara su obra, con el título general de "Encuentro con Hebe" (Intilnire cu Hebe).

En esta narración que hoy presentamos en traducción del profesor Segovia, se conjugan con fuerza el suspenso, la emoción, la angustia y el juego de la fantasía en suave rima de valores digna del hombre que sabe lo que hace con la

pluma y que sabe medir la intensidad del proceso literario para verterlo delicada y seguramente a la intelección del lector.

“Nació una Montaña” es un portento de habilidad descriptiva. Ovidio Surianu juega con los valores temporales, con el tiempo, en una palabra, para, de su ordenación obtener el mejor provecho, el mayor impacto. Contrasta los personajes, los mueve, produce efectos que, permitaseme la expresión, semejan los contrastes de luz y sombra, golpea con certidumbre poética en el lector y logra, a ratos, una intensidad dramática que coloca a hombres y circunstancias en el imaginario proscenio de un escenario teatral. Hay poesía en el “nacimiento” de esta montaña que Ovidio Surianu ha traído, así sea con la imaginación, hasta sus bellas montañas rumanas.

Mara, mujer y asteroide y Emil Dragán; las bestias que huyen y las sombras que llegan; la emoción callada y expectante y la victoria que estalla... son cual aguafuerte en el que se vierte el aliento de un poeta, la verdad de un escritor y, ojalá, la visión de un profeta...

Sergio Mejía Echavarría

El observatorio espacial sobre la cumbre del Paringul Mare se encontraba en una efervescencia inusitada. Pasos apresurados se escuchaban por los estrechos corredores y en las escaleras. Las puertas giratorias se abrían y cerraban ininterrumpidamente. Alguien, con voz potente, impartía órdenes a un lado y a otro; otra voz repetía frente al micrófono cifras y fórmulas de manera monótona cual si fuera un autómata.

La preocupación se había apoderado, sobre todo, de Nicolae Cretzu, el repórter. Se movía de una parte a otra, enredando a los técnicos quienes ajustaban sus aparatos y a los hombres de ciencia mientras estos preparaban el material para las observaciones. Quería saberlo y verlo todo; pasaba de una ventana a otra, mirando el paisaje a través de los gruesos vidrios, redondos como los de las ventanas de las astronaves; subía luego las escaleras corriendo hasta la cúpula de silicolita totalmente transparente, dominando el observatorio; después, súbitamente recordó la razón de su presencia allí y sacó un bloc de notas, azul y voluminoso, en el que apenas había escrito unas cuantas líneas.

—¡Caramba! —Ahora empezaré a transmitir el suceso a través del micrófono y, ¡miren, cómo he perdido la serenidad, ni que fuera un escolar ante un examen! —Veamos. Vamos a recapitular un poco: aún faltan dos horas —y echó una mirada rápida a su reloj-pulsera— ¡vaya!... ¡Cómo corre el tiempo!... Nos separa, apenas, una hora y media del más emocionante instante: seremos testigos de la realización de una obra grandiosa, junto a la cual palidecen las pirámides de los faraones, los jardines de Semíramis, la represa del estrecho de Behring, en una palabra, todo lo que se ha hecho hasta hoy en materia de técnica... Incluso, se me antoja que no he dado los ejemplos más acertados, pero no importa... En fin... Arrancar de su órbita a un asteroide y traerlo a la tierra haciéndolo caer, con velocidad reducida, justamente en el suelo de nuestra patria, en un lugar escogido para ello, ¿qué?, es esto, acaso, una niñería? Y no se trata de un pedrusco cualquiera, sino de once mil millones de toneladas de mineral, con un 60% de hie-

rrero y un 10 de otros minerales: circonio, titanio, cromo, manganeso, vanadio... me parece que estos serían. Dentro de hora y media... aunque ya no: dentro de una hora y veinte minutos, ¡esta inmensa riqueza pertenecerá a nuestro país!

—Cómo se ha llegado hasta esto, todos lo saben: el ingeniero Emil Dragán, quien en este momento se encuentra a dos pasos de mí, frente al tablero del puesto de radar, inició hace unos cuantos años una serie de experiencias, durante las cuales, con la ayuda de ciertos dispositivos nucleares “desvió” de sus órbitas pequeños objetos cósmicos—bóolidos y asteróides del orden de los cientos de miles de toneladas—“obligándolos” a colocarse en otras órbitas. Después, perfeccionó el sistema en tal forma que hoy nos encontramos en condiciones de imprimirles, a tales objetos cósmicos, con una precisión verdaderamente admirable, cualquier órbita que deseemos, incluso hacerlos que entren en la de nuestro planeta, que la “alcancen” desde atrás y, en esta forma, que caigan con velocidad reducida, en el lugar preestablecido, íntegros, sin que se consuman por ignición al ingresar en la atmósfera.

—Cuando, al fin, el sistema había logrado su total perfección, se convino en traer a la tierra al asteróide Mara, a las cercanías de la cuenca carbonífera del valle del Jiu... El asteróide—descubierto por el mismo ingeniero Dragán y bautizado así por el nombre de su novia, la conocida poetisa Mara Costín—alcanzará el suelo más allá del Urda, en la parte alta del río Latoritza, justamente hoy, dentro de una hora y... ¡dentro de una hora y diez minutos!...

—... Nos encontramos aquí, en el observatorio cercano al lugar de la caída del asteróide. Este está construído expresamente para tal fin, perfectamente aislado mecánica, acústica y térmicamente, resistente y hecho a prueba de cualquier imprevisto; alrededor, en diez kilómetros a la redonda, no hay alma viviente...

El timbre sonó largamente, haciéndolo interrumpir su soliloquio. Todos se sobresaltaron, sorprendidos.

—¡Hay alguien afuera!

—¡Algún loco que se habrá colado por entre los cordones de vigilancia!

—Probablemente será algún mensajero...

El mismo ingeniero Emil Dragán se lanzó a la entrada redonda como la puerta de una estufa. El mecanismo que la accionaba fue puesto de inmediato en funcionamiento y enseguida apareció en el cuadro circular no la figura de algún exaltado deseoso de sensaciones fuertes ni tampoco la del portador de algún mensaje secreto, sino la silueta delicada, como el tallo de una flor, de una muchacha en traje de alpinista. Emil Dragán quedó de una pieza.

—¡Mara!...

La muchacha, de ojos grandes, grises, inocentes como los de un niño, dudaba entre una sonrisa que traicionaba la alegría del encuentro con su amado y una débil sombra de temor por un posible regaño.

—Tengo autorización, dijo cándidamente, alargándole con sus rosados dedos un papel. —Me arrojé en paracaídas desde una avioneta no hace aún diez minutos. Quería darte una sorpresa...

—¡Bonita sorpresa! —¿No sabes que el lugar es muy peligroso?
—Dentro de una hora caerá del cielo una montaña, apenas a unos cuantos pasos de nosotros...

Mara, ante semejante perspectiva, no pareció impresionarse. Con sus ojos grandes, inquisitivos, observaba el interior del lugar, sus líneas elegantes, redondeadas, las cuales sugerían resistencia; los complicados y variados aparatos, las caras de los hombres, futuros testigos de un acontecimiento espectacular, sin parangón.

—Has preparado aquí todo, Emil, aparatos, especialistas, incluso un periodista... todo, de acuerdo a tu concepción de hombre de ciencia, al que sólo interesa lo que se puede medir... Pero necesitabas también un poeta...

Al ingeniero se le iluminó el semblante y acabó por sonreír.

—No tengo tiempo para regañarte, Mara, y en esta ocasión estaré de acuerdo contigo: se les hizo una gran injusticia a los poetas porque no se les invitó al descubrimiento de los polos, a los primeros pasos en el Cosmos o al momento en que los hombres posaron la planta del pie en la Luna.

—¡Emil!...

—Pero, dejémonos de bromas. Mejor, vente hasta la cúpula para que veas el asteróide que lleva tu nombre...

Y, tomando a su novia de la mano, el ingeniero Dragán subió las escaleras aprisa, de dos en dos.

Desde el punto más alto del observatorio la vista se abría abarcando montes y valles hasta muy lejos. El cielo se encontraba sin una nube y los bosques se mecían allá abajo, pero Mara se sentía desilusionada: ¡ni sombra del asteróide! El ingeniero ocupó su lugar frente al tablero del radar.

—Apenas ahora está por entrar en las capas superiores de la atmósfera, anunció él al cabo de algunos minutos.

—¡Cómo será de tremendo su impacto con la tierra!... susurró Mara empalideciendo. —¿Se sabe con seguridad dónde va a caer?

—Con una aproximación de unos dos kilómetros, más o menos; pero saberlo con seguridad...

—¿Acaso tiene esto ya alguna importancia? De todos modos no lo podrías parar o apartar de su camino, dijo Mara con los ojos fijos en el cuadrante del reloj eléctrico. Aún faltan veintinueve minutos... y la voz le temblaba de la turbación difícilmente reprimida.

Mirando continuamente al tablero del radar o hacia la máquina electrónica de cálculo, tomando apuntes rápidos de algunas cosas, el ingeniero le explicaba a intervalos:

—¿Pararlo? —¡Esto no ha pasado por mi mente!... Tampoco el apartarlo... Pero, si conociéramos de antemano el lugar exacto de la caída, podrían hacerse unas observaciones muy interesantes. Piénsalo: captar el momento exacto, la milésima de segundo del impacto desde el ángulo más favorable... ¡Esto sería grandioso!... Levantó sus ojos cansados hacia la joven poetisa como para excusarse: ya sabes, dijo, nos encontramos apenas en los albores de una técnica a la que debemos perfeccionar...

Silenciosamente, la muchacha miraba a través de la pared transparente de la cúpula. El cielo habíase tornado de pronto de un color azul lechoso. La verde vestimenta de los bosques del valle se había estremecido levemente como si hubiese sido despertada por una borrasca surgida así, de pronto. Mara también se estremeció. En su alrededor, todos se encontraban absortos por la febril actividad, como si ignoraran su presencia, haciéndola saberse sola e inútil. Empezó a sentirse incómoda. Un sentimiento indefinido, de temor, de profunda intranquilidad, le entró furtivamente en el alma.

—Parece como si me invadiera el miedo, dijo, acercándosele a Emil Dragán. Este levantó de nuevo la mirada hacia ella y le cogió sus pequeñas manos entre las suyas.

—¡No temas, querida! Aquí nos encontramos seguros... y sonrió animándola.

Ella también intentó sonreír.

—Lo sé, Emil. El meteorito caído en Arizona, a pesar de ser más pequeño, causó más estragos de los que va a causar el nuestro... Así lo has escrito tú.

¡Cuánta confianza encerraban sus palabras!... Como si, habiéndole cogido las manos, hubiese obtenido fuerzas ilimites, al igual que Anteo, el legendario, cuando tocaba la Tierra!

—¡Aún faltan veintidós minutos!...

El cielo tornóse lívido. En el valle, el bosque empezó a agitarse como al acercarse la tormenta. La sombra empezaba a extenderse sobre el verde-vivo de los pastos alpinos, a pesar de no haber una sola nube. Mara se había tranquilizado un poco. Con un potente catalejo observaba atentamente las faldas de las montañas que tenía enfrente.

—¡Mira!... Dos puntos se están alejando de aquel islote de arbustos... Son animales, con toda seguridad... animales grandes... ¡Dos osos, Emil! —¡Son osos! —¡Mira!...

El ingeniero Dragán apuntó hacia allá el tubo largo de un antejojo.

—Son osos, ciertamente; suben por la montaña hacia el Urda... Y, ¡mira, también los gamos han abandonado el bosque del valle!... Ellos también suben... Probablemente quieren pasar al valle de Latoritza!...

Mirando mejor, podía verse una muchedumbre de animales salvajes escalando presurosamente hacia las cumbres del Urda con la visible intención de traspasar la montaña. Emil Dragán dirigió su largavista hacia la Cuesta del Rus. Masculló algunas palabras ininteligibles al tiempo que paseaba el objetivo de su instrumento de acá para allá y, como inspirado por una revelación, se lanzó rápidamente al micrófono.

—¡El asteroide Mara caerá dentro de dieciocho minutos entre los montes Urda y la Cuesta del Rus, donde nace el río Lotru! —¡Observad todos hacia aquel punto! —gritó. —¡Mara, los dioses bondadosos te han traído aquí! Estampó emocionado un beso en la mejilla de su aturdida novia para luego lanzarse escalera abajo, donde, los que se habían quedado en la cúpula, lo oyeron dando enfáticamente algunas órdenes. Inmediatamente, una inusitada animación se apoderó de todo el observatorio. Los hombres se movían febrilmente. Los objetivos de

los telescopios, de los aparatos especiales para filmar y de las cámaras de televisión se enfilaron hacia el lugar indicado.

—Todavía faltan quince minutos, dijo Dragán, mientras ocupaba nuevamente su lugar en el puesto de observación. Los corazones de todos empezaron a latir con más celeridad y la turbación les asomaba a la cara, incluso a la de los más serenos.

El cielo tenía ahora un matiz violáceo y se escuchaba un viento silbante por encima de las cumbres. Bajo la cúpula de silicolita había cesado toda discusión. Apenas la voz de Nicolae Cretzu resonaba con acentos raros en la luz lívida que se había apoderado de las montañas. El fragor de los bosques parecía como si se elevara en el aire que vibraba. El cielo cambiaba constantemente su color hacia el púrpura y, sin saber de dónde, aparecieron montones de nubes blancas con bordes rojizos. Un inmenso rayo atravesó repentinamente el firmamento y por sobre las cumbres se deslizaron pesados, prolongados, los ecos repetidos del trueno que le siguió.

Frente al micrófono, Nicolae Cretzu hacía su reportaje con voz levemente alterada por la emoción:

—Aún faltan algunos minutos para que el asteróide Mara toque el suelo cerca de nosotros, dos veces más cerca de lo que presuponíamos hace una hora... Todavía no es visible debido a las nubes que se han acumulado, pero sentimos su presencia: desplaza masas gigantescas de aire a la velocidad de trescientos metros por segundo, lo que explica los fenómenos atmosféricos que apreciamos...

La tensión aumentaba cada vez más. Una amenaza parecía flotar en el aire. Los rostros expectantes se volvían cada vez con más frecuencia hacia los tableros que indicaban la posición y la ruta del asteróide. Fuera, menudeaban los rayos y un resplandor azulado, al igual que en ocasión de los terremotos, empezó a bailar en lo más alta de las montañas. Un trueno se escuchó, como si se alargara hasta lo infinito, como si creciera más y más, hasta que los montes se estremecieron.

—¡El asteróide!

Hacia el cenit las nubes se arremolinaron, lanzándose hacia la pendiente del Urda cual si hubiesen sido perseguidas por látigos de fuego. El cielo se llenó de pronto de blancos vapores atravesados por rayos y largos ríos de llamas. A través del océano de niebla pereció pasar una sombra gigante acompañada por miles de truenos, los cuales fueron oídos hasta en el tan bien aislado observatorio. Luego, una indescriptible sacudida lanzó a los hombres hacia todos los rincones, haciendo temblar con tanta fuerza el pico del Mindra que la sensación de un inminente derrumbamiento hacia el abismo de todo el observatorio, atravesó de angustia sus corazones. En algunos puntos se habían precipitado avalanchas de peñascos, y otras peñas arrancadas de la tierra por una fuerza gigantesca, habían sido lanzadas al aire. A una altura verdaderamente increíble, flotaban montones de árboles chamuscados, destrozados, errantes, ardiendo entre pedazos de piedras y tierra. Una inmensa nube de polvo, fuego y humo se levantaba desde los valles con una celeridad inusitada, oscureciendo los contornos. Desde la cúpula del observatorio y desde el primer piso se escuchaban gritos de susto y llamadas de auxilio, al tiempo que la montaña seguía temblando amena-

zadoramente. Todos parecían haber perdido la cabeza excepto Emil Dragán. Olvidándose de sí mismo, el ingeniero se lanzó a ayudar a Mara, quien, medio inconsciente por el impacto, estaba paralizada de terror.

—¡Mara!... —¡Mara, querida mía, ya pasó todo!... le gritó, intentando hacerla volver en sí, mientras la besaba y la sacudía.

Transcurrieron algunos minutos hasta que todo volvió a la normalidad. Masas enormes de polvo, de vapor y de humo se elevaban aún, pero, a la altura del Mindra, el viento las disipaba dejando que los alrededores se fueran clareando poco a poco. Fue entonces cuando Emil Dragán se levantó rápido y, con el rostro transfigurado por la emoción, mostrando con el dedo, dijo:

—¡Mirad!... ¡Nació una montaña!...

De en medio de las nieblas empezaba a asomarse un pico rojizo, escarpado, allí donde minutos antes se encontraba una depresión rodeada de montañas.

—¡Material de hierro para dos siglos! —añadió el ingeniero, mientras todos miraban, callados y aturcidos, el surgimiento de la nueva montaña, poco a poco, de su crisálida de nubes. Algunos se abalanzaron para ver cómo habían registrado los aparatos la caída del asteroide. Se habían logrado algunas espléndidas fotografías, sin mencionar otros datos importantes registrados por los aparatos. Todos celebraron estrepitosamente el completo éxito de la operación.

—¡Escucha, Emil! —interrumpió Nicolae Cretzu, el repórter. —Todo ha sido un triunfo espectacular porque los aparatos estaban apuntando hacia el lugar preciso. Pero, ¿cómo se te ocurrió que el asteroide iba a caer más acá del Urda?

El ingeniero sonrió. Era la primera sonrisa que iluminaba su rostro luego de tan brillante coronamiento de sus esfuerzos.

—Mara suele afirmar con frecuencia que los poetas están dotados de facultades peculiares, lo cual les permite advertir en los acontecimientos aspectos que a nosotros, los hombres de ciencia, se nos escapan. Pues bien, fuera de los poetas, hay también otros seres dotados de una especie de clarividencia. Dícese de las ratas que abandonan los barcos en peligro de naufragio y que las serpientes y otras alimañas prevén los terremotos. Cuando he visto a los animales huyendo hacia el valle de Latoritza me dí cuenta que, presintiendo el peligro, abandonaban el escenario del futuro desastre para refugiarse a lugar seguro. Me alegro de no haberme engañado, pero el mérito es de Mara: ella los vió huyendo...

—Y ahora, ¡a trabajar! —Vamos a ver más de cerca qué botín le hemos arrancado al firmamento!...